

PANDEMONIUM

Precio 25 Ct.

Señorita
Lilia Ortuño

(Fot. Hernández)

\$128

IMP. ALSINA



TRADE MARK REG. U.S. PAT. OFF. GEO. E. KEITH COMPANY

Grandes Almacenes
de
Confecciones, Ropa hecha
y Artículos
desde lo más selecto
a lo más económico
para SEÑORAS Y CABALLEROS,
a precios sin competencia,
de

ROBERT HERMANOS

SAN JOSE, C. R.

En VESTIDOS para Señoras, Caballeros y Niños, hay un surtido a precios sumamente reducidos.

CALZADO de las fábricas más acreditadas del Extranjero, así europeas como americanas, hemos recibido un grandioso surtido.

Especialidad en géneros de la más alta fantasía, inspirados en las últimas modas de París.



Bon Ton
CORSETS

* * * * *

NOTAS POETICAS

* * * * *

UNA TARDE DE ENERO

(DESDE EL CERRO PELON)*

Es ya de tarde... El sol en el Ocaso
con roja cabellera destrenzada
como rey triunfador prosigue el paso
hasta llegar al fin de su jornada.

En luz crepuscular se baña el monte,
el bosque, el prado y la feraz llanura,
de escarlata se tiñe el horizonte
y se hunde el sol tras empinada altura:

ya la noche despliega sus cortinas;
el toro muje en el bosque umbrío,
se ven las juguetonas golondrinas
volar por el tejado a su albedrío.

El gallo canta en el pajizo techo;
el ave inquieta en el ramaje anida
y un campesino alegre y satisfecho
sujeta a su caballo por la brida.

Al noble esposo en la casita espera,
la esposa amable, compasiva y grata;
allá se ve la hermosa carretera
cual una cinta de bruñida plata.

.

En la pendiente de la loma verde
la vaca lame al ternero overo
y en la llanura, atónita, se pierde
la voz chillona del feliz vaquero...

A lo lejos destaca imponente
«El San Miguel» altivo y arrogante
cual desafiando al alto «San Vicente»,
que allá se yergue en el confín distante.

Y de Honduras la inmensa serranía
se pierde lentamente en lontananza
a los destellos últimos del día,
como se pierde en mi alma la esperanza;

mas la luna de súbito se asoma
ahuyentando las sombras de la noche.
—El lirio esparce delicado aroma
de su rosado y perfumado broche.—

Y alegre sigue su camino errante
—por el piclago azul del firmamento—
cual una novia, virgen, palpitante,
llena de amor, de luz y de contento.

.

Todo lo vuelvo a ver como en el día,
todo luce de nuevo ante mis ojos:
el bosque, el prado y la alta serranía
cual de un recuerdo lívidos despojos.

Y en la pendiente de la loma verde
la vaca lame al ternero overo
y en la llanura, atónita, se pierde
la voz chillona del feliz vaquero...

Rafael García Escobar
(Salvadoreño)

Sesuntepeque, Rep. de El Salvador. 1912.

* Cerro que está situado en la ronda de la ciudad de Sesuntepeque, Departamento de Cabañas, lugar muy dominante, desde donde se ven muchos volcanes y serranías de los diferentes países de Centro América.

DE MIS CORRERIAS

LAS REZAGADAS

El ambiente de aquel pueblo colombiano que veía pasar los años con la indiferencia de un fakir oriental; aquel ambiente petrificado por la ignorancia, por el fanatismo político y por el fanatismo religioso — que en pleno siglo veinte aun pagaba diezmos a la Iglesia—entristecía de un modo lamentable el alma soñadora y aventurera de Fernando Terral.

El Destino,—ese gran zurcidor de aventuras y desengaños,—le había conducido hasta aquel rincón del mundo.

Fernando era completamente ajeno a las luchas políticas: lo único que de vez en cuando hacía salir al pueblo de su letargo.

Allí no se hablaba más que de partidos políticos, de rifles, de generales, de batallas. Nadie hablaba de arte, de ciencia, de literatura, de belleza, en fin.

Resultado inmediato de tal estado de cosas y de las guerras que se sucedían con frecuencia, era el medio siglo de atraso en que vivían.

Aquella República había nacido bajo los mejores auspicios; pero al parecer, era ingobernable. Los odios de varias generaciones se mantenían en pie. Los dos partidos, parecían pertenecer a dos razas diferentes,—según decía un general.

Todas las aspiraciones de aquellas pobres gentes,—marionetas deplorables—se reducían a dos cosas: a comer y a que mandasen «los suyos».

¿Que no había caminos? Ya se harían, más tarde o más temprano. Había que pensar que se trataba de una nación joven, que *nada más* contaba un siglo de independencia...

¿Que era preciso tomar medidas higiénicas contra ciertas enfermedades que amenazaban aniquilar la raza? Eso sería lo que Dios quisiera y nada más; a nadie le llega su hora hasta que Dios quiere...

¿Que en todas las naciones civilizadas existía algo que se llama registro civil? Ellos no lo necesitaban; *eso*,—decían los conservadores,—debe ser «una cosa» que quisieron poner los liberales en la lejana época de su mando, pero que ningún buen católico estaba dispuesto a consentir... Para todo lo referente a nacimientos, matrimonios y defunciones, bastaba la iglesia.

El matrimonio civil no podía existir en un país tan religioso, que pagaba puntualmente sus diezmos y primicias... El matrimonio civil, no era más que un amancebamiento...

¿Que no tenían ejército? Ni hacía falta: allí casi todos los hombres habían sido soldados en las repetidas guerras civiles. Y que sabían pelear, lo demostraba el hecho de que algunas batallas duraban diez y hasta quince días.

Con el valor indomable que todo el mundo les reconocía y con cualquier clase de armas, se bastaban para hacer frente a cualquier enemigo. No había que olvidar, que ellos, eran dignos descendientes de aquella raza de héroes, que habían vencido «a los vencedores de Napoleón»...

Ellos no necesitaban instrucción militar ni armas modernas para pelear; bastaba tener siempre presente la imperecedera frase de uno de los más ilustres generales: «armas, las del enemigo».

Y así discurrían en todos los asuntos de su deplorable y monótona existencia. Allí se vivía únicamente de tradiciones: de recuerdos de pasadas grandezas.

Para la mayor parte de aquellos individuos, el amor, no era más que una necesidad fisiológica que necesitaba ser satisfecha de vez en cuando...

La vida resultaba muy cara en aquellos pueblos, con arreglo a los ingresos que se podían obtener. El único porvenir de muchos jóvenes era

la *empleomanta*: cargos oficinescos que apenas daban para vivir.

Si a todo eso se añade las pretensiones que tenían las muchachas de *primera*, fácilmente se podía deducir, el porqué no se celebraban sino muy pocos matrimonios, entre gentes de cierta categoría. Los noviazgos se prolongaban años y años...

Por eso Fernando,—llevado de su quiijotismo *congénito*,—no podía menos de compadecer a ciertas muchachas que veían pasar los años sin ser solicitadas, o siéndolo por algunos individuos, cuyas intenciones, fácilmente se dejaban adivinar...

¡Pobres pueblerinas! Al leer alguna novela europea que de vez en cuando caía en sus manos; al leer ciertas noticias en los pocos periódicos que llegaban «del exterior», cómo se despertarían en las imaginaciones de aquellas lugareñas, deseos de cosas nunca vistas: de impresiones y exquisiteces,—más o menos sensuales,—que nunca podrían llegar a conocer en aquel ambiente prosaico y enrarecido: en aquel ambiente fosilizado por la falta de relaciones con otros pueblos cultos, y que debido a eso, mantenía ideas y prejuicios que sólo allí podían prosperar.

Pero entre todas aquellas «sedientas de amor» había algunas que eran más dignas de compasión: aquellas que la cruel ironía llamaba *rezagadas*; aquellas que se quedaron atrás en el camino de la vida y en el camino del amor; aquellas, que por ser ya mujeres de «cierta edad», acababan de perder las esperanzas que les pudieran quedar, y se refugiaban en el amor divino, aunque Dios no parece preferir para esposas a las despechadas...

Y el martirio resultaba doble, en algunas casas en que había cuatro y hasta seis mujeres «sin compromiso». Las que ya ingresaron en el grupo de *rezagadas*, miraban a las más jóvenes, con la envidia que miran los vencidos a los que aun son aptos para la lucha; a los que aun pueden triunfar. En cambio, las otras, las jóvenes, veían en sus hermanas mayores, un espejo

que parecía reflejar el porvenir más o menos lejano...

Y Fernando, antes de abandonar aquel ambiente, donde querían naufragar sus ambiciones y sus ensueños, enviaba un adiós de simpatía y de compasión a todas aquellas pobres pueblerinas; a todas aquellas sedientas de amor.

José Tomás y Masbou

DE LA VIDA

No pertenecemos a ningún partido político: odiamos lo que vulgarmente se llama política como un mal o un azote de los pueblos que la sufren; ni hemos vivido de ella nunca ni lo hemos pensado jamás.

Tenemos fe en el trabajo (la política generalmente es oficio de gandules), en el esfuerzo propio ejercitado en campos donde más puro ambiente se respira para que, siempre hayamos rechazado afiliarnos a ningún bando político.

La política ha sido y es para nosotros para nuestras humildes *entenderas*, sacrificio, abnegación, algo así como apostolado, como religión de la Patria, y como hasta la fecha no hemos visto estas miras en los partidos que lo justifiquen, por natural impulso hemos huído de cuantos conocemos.

Esta aclaración la hacemos para que no se nos tache de apasionados ni de servidores de nadie; no tenemos ni hemos tenido amo, pensamos tratar con la mayor imparcialidad y altura de miras toda cuestión, aunque comprendamos que en una revista quincenal no sea el campo más apropiado, ni el más eficaz para tratar de los asuntos de actualidad, que muchas veces dejaran de hacerlo cuando nos toque a nosotros tratarlas, pero en nuestro deseo de poner nuestro grano de arena, y de que esta Revista tenga *interés para todos*, *acometemos la empresa*, aunque corramos también el riesgo de pasar desapercibidos, pues siempre han sido otras las orientaciones de esta Revista.

Como t6pico de actualidad, aunque ya se ha hablado mucho de 6l, tenemos la quiebra del Banco Comercial que ya hacfa tiempo esper6bamos, pues no ha sido una sorpresa lo ocurrido para el autor de estas l6neas. A varios de nuestros amigos y corresponsales les ten6bamos avisados con muchos d6as de anticipaci6n de lo que habfa de suceder, y todo esto vi6ndolo alejados del mundo financiero y pol6tico, pero visitantes asiduos de esta instituci6n bancaria, que gracias a Dios pas6 a mejor vida, notamos en el ambiente algo que nos hizo pensar en el triste fin de ella, y a medida que m6s avanzaba el tiempo, lejos de esfumarse lo que pudi6ramos llamar un vago presentimiento, m6s se aduefiaba de nosotros, llegando a aconsejar a nuestros m6s 6ntimos amigos, por lo arriesgado de lanzar la especie al p6blico, retirar sus dep6sitos de la instituci6n a que nos venimos refiriendo.

La quiebra del Banco Comercial ha sido la m6s escandalosa que sin duda se registra en nuestros anales financieros; pero esta quiebra, si somos imparciales y hombres que no se dejen arrastrar por simpat6as, tenemos que decir, aunque a riesgo de colocarnos en la categor6a de personas no gratas, que no s6lo la culpa que imputamos a los directores no es s6lo suya, y en los art6culos de la Ley de Sociedades Comerciales, los que regulan las sociedades an6nimas, 83, 84, 85 hasta el 88 son lo bastante claros para exigir la responsabilidad a los administradores de la instituci6n, pero tambi6n tenemos que tener en cuenta que existe una Ley de Bancos, que en sus art6culos 36 y 37 se6ala de una manera precisa y clara los deberes de dos funcionarios de Estado, en quien conf6an los que depositan o negocian con las instituciones de esta naturaleza. Hermoso y simp6tico es remediar el mal, pero creemos que vale m6s preverlo. La situaci6n del Banco hoy en quiebra no era, no cabe duda, desconocida por los encargados de sergarant6a y guarda, cumpliendo la ley, de los intereses que a ella se le confiaban desde luego

pensado en que la ley habfa de cumplirse; por qu6 se ha sostenido, sabiendo su estado, a la instituci6n fallida varios meses sin que el peso de la ley cayera sobre ella? Por un inter6s nacional no creemos fuera, m6s bien nos inclinamos a creer que otra raz6n, tal vez de *simpat6a*, haya sido el puntal puesto al Administrador audaz para que no cayera cuando debi6 haber ca6do.

Mientras las cosas no se aclaren, mientras quienes deben no nos pongan en antecedentes de lo que aqu6 ha pasado, tendremos el derecho de decir que hubo negligencia, complacencia de parte de quien debfa por deber moral y obligaci6n jur6dica ser diligente en fiel el cumplimiento de sus deberes, creemos que los que ocupan un puesto p6blico y no lo usufructuan deben ser ante todo servidores de la comunidad, pues es la que paga, y de donde deriva el puesto que ocupa y aquellos que por las razones no se sientan con las energ6as suficientes para ocupar el puesto que ocupan o faltos de aptitudes, lo m6s patri6tico, lo m6s eficaz, el mejor servicio que puede prestar a su Patria, es confesarse impotentes y dejar su sitio a quienes con m6s condiciones de acierto pueden desempefiarlo. La pol6tica debe ser una cruz, y s6lo una cruz.

Juan de Maro

LOS ESPECTROS DE PIEDRA

La fuerza brutal, bablando con su fuego y su plomo, hace callar a los idealismos del mundo. El rayo de la idea se apaga en la rabiosa claridad del fognazo, como el blando suspiro se extingue en la seca y dominadora detonaci6n; el hombre at6vico engafiado por una civilizaci6n ficticia, r6e tembloroso mientras destruye; y es tanta y tan refinada su crueldad que, si por un alarde prodigioso del poder divino, se hiciera sentir a los ca6ones la consciencia que los seres humanos pierden, ver6amos a las curefias doblarse y quedar de rodillas, mientras

los hombres permanecían en pie y amenazando con el puño.

Y, sin embargo, hay cosas que tienen su defensa y escudo en su misma inmovilidad y en su falta de protección; monumentos que imploran la piedad ajena valiéndose del elocuente lenguaje de su arquitectura, con sus trazos y signos, y frunces, y relieves, caracteres expresivos del glorioso testamento de la antigüedad que nos hablan de respeto y veneración; vetustos códices de piedra con letras de florones, y de torres y de agujas, y volutas, y capiteles, y ábsides, tabernáculos que recogen y cierran el santo misterio; muros renegridos por el espeso sudor de los años y el aliento de las plegarias, pulidos por el roce de las generaciones que se alejan, llevándose sus locuras y desaciertos; atrios artísticos donde aparece petrificada la penitencia en las gastadas esculturas de obispos y de fundadores; volados aleros, donde recorta su hado de dulce claridad la luna azul, que es la lámpara de los sepulcros.

Entre el volcán de los combates, la catedral no se recata ni se esconde en la lobreguez de la barriada que la circunda; alzándose valientemente como un augusto símbolo de paz, revestida con su lujosa copa recargada de rose-tones, mostrando sus cingulos de granito, labrados por la inspiración de mil genios, espiondo con su espíritu vigilante tras de las celosías de sus campanarios la tregua bienhechora, surgiendo como una evocación de santo estoicismo entre la tempestad de las batallas, y ofreciendo al beso brutal de los proyectiles su pecho sin defensa, fénix de jázpes y mármoles que el hierro no puede abatir.

Es la iglesia de Dios, pero es también jalón y punto de mira y objetivo del ansia conquistadora, por ser la riqueza mayor del pueblo que resiste, y por ella, sobre la escultura y en el arco tropiezan y se hunden las bombas con fiero empellón, y en las techumbres de maderas preciosas crepita un haz de llamas, manos de fuego que se tienden a Dios demandando el

castigo, y las cúpulas se hunden con pavoroso estruendo sobre las frías losas, y se deforman las ojivas y caen en menudos fragmentos los cristales policromos, y los cuadros que fueron el orgullo de todas las épocas y la gloria de los artistas, se desgajan y rompen con quejumbrosa resignación, y azotan el aire tenebroso las columnas, y ruedan las imágenes, y flamea el coro como un áscua de púrpura, haciendo brillar intensamente, a modo de postrera ilusión, el oro de los altares y de las molduras; pero cuando pasa la ola viviente de criaturas locas que incendian y matan, haciendo cundir el espanto y propagando la profanación, y el humo se extingue, aun queda en pie la venerable fábrica, siempre templo augusto y hogar de silencio y cenáculo de la divinidad.

La opulenta carne y las riquísimas vestiduras desaparecieron bajo la contráctil garra de la contienda, pero el esqueleto sigue contemplando con su muda tranquilidad el lugar de la lucha, y llorando neblina triste por sus arcos sin luz parece que ora sobre las ruinas del pueblo ayer próspero y fuerte, prestando atención a los rumores que ya no sonarán; al áspero rugir de las máquinas de la industria; al altisono vocear de las multitudes; al jadeo de un tren; al holgorio de sus propias campanas, que ponían sobre el blando tapiz del aire el regalo de su alegre sonido.

Queda el espectro bienhechor; el santo fantasma bendiciendo todavía con sus muñones de pilares rotos, con sus piedras medio deprendidas, aquellos restos de tragedia. El mal se ha cebado en las viejas glorias del mundo. Los hombres que quedan, colocarán remiendos de labradas piedras en las brechas que abrieron los cañones, pero la vetusta catedral, la legendaria basílica y el templo derruido no volverán a ser lo que fueron: un legado de las grandes épocas con un secreto misterioso como el reloj del ginebrino; con un alma que hizo volar un mortero por el desportillado muro; ni los sillones se engastarán otra vez en sus

antiguos lechos, ni en sus macizas bases las columnas, ni los escoplos que batieron los mármoles volverán a trazar sobre ellos luminosas cisuras en los bajos relieves, ni los hombres acostumbrados a manejar el cierre del cañón podrán mover con la delicadeza que exige el arte, cinceles y buriles. Las ciudades arruinadas renacerán más bellas, pero, las catedrales no. Quedarán como ennegrecidos fantasmas, para remordimiento de la Historia que nada enseña y para desesperación de los hombres que nada saben conservar.

Leopoldo López de Saá

LAS DEFENSAS COSTERAS DE INGLATERRA

La orgullosa Albión, que por su singular asiento llevó siempre sus discordias con otros pueblos a ajenos territorios, teme hoy, como temió en 1805, una invasión guerrera de sus virginales costas, y no va descaminada en el supuesto.

Difícil, muy difícil es un desembarco en tierras de la Gran Bretaña; pero ya hemos tenido ocasión de ver que es muy factible un ataque por mar, rápido y audaz, y una invasión aérea que siembre en las ciudades isleñas desolación y espanto.

Todo es de temer de la audacia germana.

Inglaterra confía su defensa a sus poderosísimas escuadras, que tienen abrigo y auxilio eficaz en cinco grandes arsenales: Chatham, Portsmouth, Plymouth, Pembroke y Queenstown.

Contra el primero de estos puertos, situado en el fondo de una vasta ensenada y sólidamente defendido por las baterías y fuertes que bordean el río Medway, por las estacionadas en la isla de Grain y por la fortaleza atalaya de Sheernes, en la isla de Sheppey, dirigieron ya los aviones alemanes sus destructores proyectiles. Este arsenal de guerra, si no es el más importante, tiene la condición de ser llave de la ruta de Londres.

El más importante de los establecimientos marítimos ingleses es Portsmouth, ciudad rodeada por el frente terrestre por un recinto de fuertes destacados en las colinas de Portsdown, dominadora de las llanuras colindantes. Entre la costa y la bella isla de Wight da frente al puerto la rada de Spithead, cerrada por cuatro fuertes acorazados que se elevan sobre islotes artificiales y defendida por muchas baterías de costa. También innumerables bocas de fuego avizoran al enemigo en la entrada occidental de la rada, al Oeste de Spithead, entre la costa y la isla Wight.

El punto vulnerable en esta zona es la bahía de Sanqown, en la costa Este de la isla de Wight; talón de Aquiles que facilita un desembarco por sus condiciones naturales; más el Almirantazgo bordeó esta parte de gran número de cañones prestos a evitar tamaña audacia.

Southampton, el gran puerto comercial, reposa tranquilo en el fondo de un gran estuario, en frente de la isla Wight, seguro de que el vecino centinela de Portsmouth, guardará su comercio.

Plymouth es una ciudad unida a las de Stonehouse y Devonport en la confluencia de los ríos Plyen y Tamer; tiene dos arsenales a cubierto de un bombardeo marítimo por su alejamiento de la costa; por mar y por tierra rodean la triple ciudad innúmeras obras de fortificación, y en medio de la rada defiende su acceso al fuerte Break Water.

El país de Gales, rodeado por el mar de Irlanda y los canales de Bristol y San Jorge, y separado de Inglaterra por el Severn y el Dee, tiene en su extremidad Sur una profunda escotadura de la costa llamada Milford Haven, en cuyo fondo está Pembroke. Obras modernas defienden el frente de tierra y dos isletas fortificadas son vigías de la bocana del pequeño puerto. Situado éste en la entrada del Canal de Bristol y del mar de Irlanda, su rada es base, de operaciones para la defensa móvil.

Téngase en cuenta que en este sector

están los primeros puertos comerciales ingleses: Bristol, Cardiff y Glasgow.

En las costas de Irlanda, a la entrada del Canal de San Jorge, está Queenstown, en el fondo de su pequeño puerto se asienta la ciudad de Cork. El arsenal se halla en una isla defendida sólidamente. Numerosas obras defienden el resto de los establecimientos navales repartidas entre Queenstown y Cork. Este puerto es base de la protección del comercio marítimo en el Norte del Océano Atlántico.

El Almirantazgo ha defendido, además: la rada de Falmouth, estación naval de la península de Coruwall, la estación carbonífera de Dartmouth, a la vez asiento de la Escuela Naval inglesa; el puerto de refugio de Westmouth; las playas accesibles al desembarco, de Hastings, Dunge-Ness y Sandgate: los puertos de Brighton, Newhaven, Hythe y Folkestone; la plaza comercial de Dover, también atacada por los visitantes aéreos; el vigía germano de Harwich; el estuario de Hunder, que da acceso a los activos puertos de Grimsby y Hull, la playa de Filey que, situada en frente del puerto de guerra alemán de Wilhelms Haven, está llamado a ser teatro de operaciones en la actual lucha; la desembocadura del Tyne, en la vista de Newcastle; la defensa de Edimburgo, en el golfo de Forth, sobre la isla de May; la entrada del Clyde en el rumbo de Glasgow los ríos Mersey y Liverpool; las islas de Flathmon y Steephohn, que obstruyen la entrada del Severn; las playas de Bantry y Kiusale en las costas irlandesas; y las islas de Alderney, Guernesey y Sersey en el Canal de la Mancha.

Tal es el rápido catálogo de las fortificaciones inglesas.

Aurelio Matilla.

LA FILOSOFIA Y LA FATALIDAD

Hay una fatalidad que se impone a los hombres y a las cosas. Sólo así se explica que una persona yerre en todo lo que emprenda y un instrumento

no aproveche nunca para el oficio a que fué destinado desde su origen.

—¿Por qué anda usted cargado con su paraguas—decían a Pedro Ponce, que es un respetable cesante—si el cielo está claro como un espejo de Venecia?

—Porque no quiero mojar me el sombrero nuevo—respondía este filósofo de la vida práctica, con la flemma de un sabio despreciador de las pequeñeces mundanas.

Y la gente se reía al verle desplegar el arma protectora todos los días. Pero él no puso jamás, durante veinte años, sin esa precaución, los pies en la calle.

—Crean que soy un maniaco—díjome una tarde, hablando del asunto.—Pues mire usted si se equivocan. La única vez que desde mi fatal cesantía he renunciado a mi paraguas, me cogió una tormenta y estuve quince días curándome, a fuerza de jaropes, el más pertinaz de los catarros.

—Es curioso—dije a don Pedro.

—Fué por el mes de agosto—respondió él.—Aún lo recuerdo. Se habían hecho en mi pueblo rogativas para que lloviese y todo el mundo atribuyó a la procesión del Cristo de la Vera-Cruz lo que a mi imprevisión era debido. Aquella era la primera vez que se me han reído justamente en mis propias barbas. Había consumado por pura imprudencia un piadoso milagro. Pero nadie me lo agradeció.

—¿Y usted qué hizo?—interrogué curioso.

—Jurar que no reincidiría en mi vida—respondió Ponce.—Desde entonces no me separo de mi querido paraguas. Hace un par de años, estando en mi lugar, se ocurrió otro caso de rogativa. La cosecha iba a perderse porque la sequía era inexorable. Yo salí a presenciar la cristiana ceremonia y dije al señor Alcalde, mirando de soslayo mi paraguas: «No se cansen ustedes. No lloverá por más que recen».

—¿Y no llovió?

—El tiempo continuó seco como un esparto. ¿Querrá usted creer que por

poco me arrastran mis compatriotas? Atribufan a mis pecados la ineficacia de sus oraciones, como antes habían atribuído a sus oraciones la virtud de mi paraguas. Tomáronme por precito y se empeñaron en que mantenía relaciones secretas con los espíritus infernales, llegando hasta el punto de proponer que se me quemara por hereje. Cuando más les decía lo del paraguas, más se aferraban en sus inhumanos propósitos.

— ¡Pobre don Pedro Ponce!

— Hube de abandonar la aldea para ponerme a salvo de sus inesperados peligros. Y a partir de esa fecha, he jurado ante Dios no verme de nuevo en tales apreturas. Ni salgo de casa sin mi paraguas, por miedo a los catarrros imprevistos, ni dejo de encerrarme en ella como en un santuario, cuantas veces se pide al Todopoderoso agua. No quiero exponerme a las benditas cóleras de las muchedumbres desenfrenadas.

— Su actitud de usted es discretísima, muy razonada, amigo Ponce.

— Pues aquí me tiene usted siendo objeto de burla y de menosprecio, por aquello por lo cual debía ser motivo de respeto y aplauso. Pues qué, ¿no es la experiencia el libro de la sabiduría?... ¡Ah! Quisiera haber poseído un paraguas contra los aguaceros del favoritismo burocrático, que otro gallo me cantara a la hora de ahora. ¿No les parece a ustedes?

— Es verdad.

— Por supuesto, que no hay motivo de declamar contra el pobre paraguas de mi alma. Como bueno me costó y como bueno me ha servido. ¿Para qué son estos aparatos tan incómodos, sino para preservarnos de los remojones a los mortales? Pues bien; el mío me libra, como cualquier otro, de los aguaceros. Sólo que no tengo necesidad de abrirlo para usufructuarlo. De este modo salgo ganando todavía. ¿No ven ustedes que así me puedo servir de él mucho mayor espacio de tiempo por el mismo dinero? Ríase, pues, el vulgo cuanto quiera, que yo ni me incomodo ni me enmiendo.

* * *

A mí me ha parecido que estas declaraciones del señor don Pedro Ponce merecían ponerse en letras de molde. ¡Cuántos sujetos pasan con menos merecimientos a la estampa! Porque al fin, un hombre adherido a un paraguas, es tan digno de ser conocido, cuando menos, como un personaje adherido a una excelencia. En el uno y en el otro, lo que tienen de hombres es lo de menos y lo que tienen de pegadizo es lo demás.

Amén de que otra circunstancia me ha decidido. Si hay una fatalidad que se impone siempre a los hombres y a las cosas, hay también, lectores míos, una filosofía que venga de la fatalidad a las cosas y a los hombres.

Pablo Nougués

PERFUME EN LAS HABITACIONES

El secreto de que la casa huela bien, sin que al penetrar en ella los pulmones funcionen difícilmente, como si quisieran protestar del aire saturado de esencias, lo poseen muy pocas señoras.

Desgraciadamente, es muy general que, una vez hecha la limpieza, después de cerrar los balcones, se perfumen o se sahumen las habitaciones, sin pensar que esta costumbre es sumamente perjudicial para la salud, porque los muebles se impregnan de esencias, y el aire se hace irrespirable.

El secreto a que aludimos al empezar estas líneas se reduce a lo siguiente: En cada habitación se coloca un plato hondo, dentro del cual se deshojan tres o cuatro rosas, procurando que no conserven ni una gota de agua, con objeto de que tarden más en marchitarse.

En las casas bien aireadas, las hojas de rosa exhalan un aroma tan suave, que al aspirarlo parece que se siente una entre rosales al aire libre.

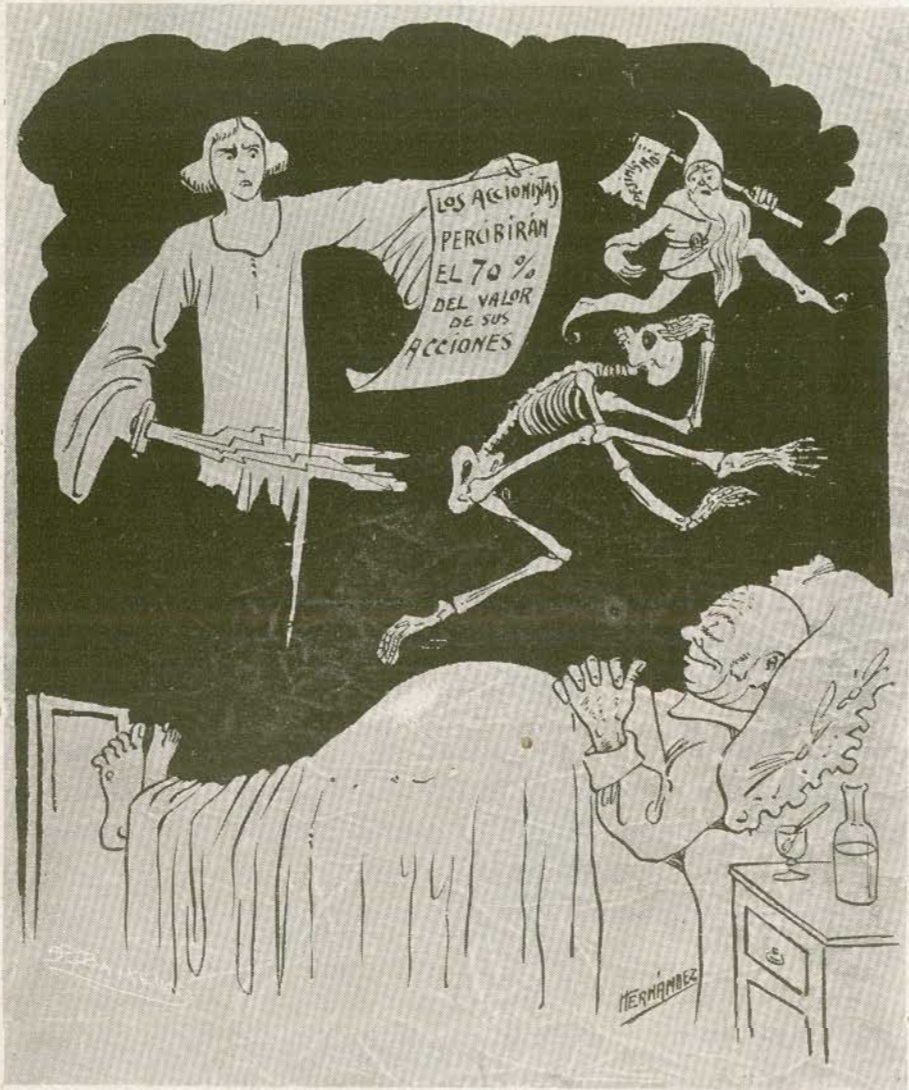
PANDEMÓNIUM

DIRECTOR: FRANCISCO LÓPEZ DE LA HOZ
REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

AÑO X

28 DE FEBRERO DE 1915

NÚM. 129



Los milagros de Mr. Scott ó "entre bobos anda el juego"

* * * * * LA VERDAD * * * * *

Díálogo por Jacinto Benavente

ACTO ÚNICO

PERSONAJES:

LUISA, PEPE, UN CRIADO

ESCENA PRIMERA

LUISA.—CRIADO

Gabinete de una casa de soltero. Suena un timbre y a poco aparecen Luisa y el Criado.

LUISA.—¿Está solo el señorito?

CRIADO. Sí, señorita.

LUISA.—Pues anúncieme usted. Es decir... no, sí, anúncieme usted. ¡Nada de sorpresa!... Digo... sorpresa será de todos modos; por la de usted ya presumo la del señorito. Está usted como quien no sabe qué hacer ni qué decir.

CRIADO.—No, señorita... ¿yo, por qué?

LUISA.—Pero, la verdad, ¿es que no está solo?

CRIADO.—Sí, señorita, completamente solo.

LUISA.—¿No esperaba a nadie?

CRIADO.—A sus amigos; pero aún es temprano.

LUISA.—A unos amigos, sí, ya lo sé. ¿Muchos amigos?

CRIADO.—Tres o cuatro, los de siempre. El señorito Gonzalo.

LUISA.—El señorito Gonzalo no falta nunca, ¿verdad?

CRIADO.—La señorita debe saberlo.

LUISA.—¡Ah! ¿Está usted enterado?

CRIADO.—Ya ve la señorita. Han hablado hasta los periódicos. Yo sé que se casan ustedes pronto; que sea bien.

LUISA.—Gracias. Y aquí se habrá hablado más que en los periódicos.

CRIADO.—Yo no sé lo que hablan

los señoritos. Cuando entro y salgo para servirles y hablan de sus asuntos, hablan siempre en francés.

LUISA.—Pero usted sabe francés.

CRIADO. Sí, señorita. Para entenderme con los franceses cuando viajamos; pero a los señoritos, la verdad, lo hablan tan bien, que no les entiendo. Me parece que el señorito está detrás de aquella puerta. Habrá oído el timbre, y como no le he anunciado a nadie, y me habrá oído hablar.

LUISA.—Y habrá oído una voz de mujer. Una voz extraña en esta casa. Entra, entra, ¡soy yo! (entra Pepe).

ESCENA II

Los mismos.—PEPE

PEPE.—¡Eh! ¿Tú, Luisita? (al criado), ¿Por qué no me avisaste?

LUISA.—Es que estaba tan asustado de verme aquí, como tú en este momento.

PEPE.—Es verdad.

CRIADO.—¿Mandan algo los señoritos?

PEPE.—Nada. Si viene alguien, que pase allá dentro. No cierres la puerta.

ESCENA III

LUISA y PEPE

PEPE.—¿Qué sucede Luisita? ¿Tú aquí sola? ¿No te acompaña nadie? ¿Saben en tu casa?

LUISA.—¡Qué han de saber! Habría qué oírles, si lo supieran. Yo aquí sola contigo, en tu pisito de soltero. Estos pisos que tienen tan mala reputación, que son el escándalo de las familias... Si que es atrevimiento, ¿verdad?



El General Joffre, en el campo de batalla, merendando con algunos oficiales de su Estado Mayor

PEPE.—¿Atrevimiento? Tú sabrás.

LUISA.—A saber vengo.

PEPE.—Pues tú dirás...

LUISA.—Déjame, déjame que curioseé primero... Todo muy *chic*... Veamos los retratos... Vaya... Veo que tienes el buen gusto de no presumir con los retratos de tus amiguitas. Retratos de familia, de amigos... Está bien... ¡Ah!... Ya pareció: sección de artistas.

PEPE.—Tres o cuatro.

LUISA.—¡Ah! La Platanito. Esa muchacha de quien habla todo el mundo; dicen que tiene mucha gracia, que canta con mucha picardía.

PEPE.—Sin tener voz y sin saber cantar, ¿te parece poca picardía?

LUISA.—La verdad es que si toda la casa está por el estilo, no hay por qué temer mucho.

PEPE.—Pues ¿qué te habías figurado? ¿Lo que se figura mucha gente,

que porque un hombre viva solo...?

LUISA.—Eso es... Ha de estar siempre acompañado.

PEPE.—No valdría la pena... Yo no me he separado de mi apreciable familia deseoso de libertad sino de sociego...

LUISA.—Sí, sí... pues si oyes a tus tías...

PEPE.—Por no oírlas, me he establecido aparte. ¿Lo has curioseado ya todo? Pues ahora me toca a mí, que también estoy muerto de curiosidad. ¿A qué debo el honor?... Ante todo: ¿cómo te has arreglado para venir sola?

LUISA.—Salí con doña Rosalía. Me dejó en casa de Merceditas Santoja... Merceditas estaba en el secreto, y desde su casa, salí yo sola, tomé un coche..., le dejé en la esquina y aquí me tienes.

PEPE.—Encantado de verte. Pero

muy preocupado por si te trae algo grave.

LUISA.—¿Grave, grave?

PEPE.—O algo muy ligero; pero como para una mujer no hay nada más grave que una ligereza.

LUISA.—La causa, no sé si es grave o ligera, como tú dices; las consecuencias no pueden ser muy graves. He venido a tu casa, porque tú eres para mí como un hermano, eres de la familia, nos conocemos desde chiquillos... Eres bastante juicioso.

PEPE.—No me desacreditas... Y eso que hoy voy a acreditarme para toda la vida.

LUISA.—Hoy, ¿por qué?

PEPE.—Porque estás guapísima.

LUISA.—Por Dios, Pepe, no caigas en la vulgaridad de creer, como todos los hombres, que para ser agradable a una mujer hay que hablarla siempre en actitud de enamorado. Bien sabemos nosotras cuando enamoramos de veras.

PEPE.—Entonces, estoy tranquilo. Ya sabes que me gustas una barbaridad. No volveré a decirte un piropo.

LUISA.—Muy bien. Cuando venga Gonzalo, tu amigo íntimo, mi futuro marido, le desafiás, le matas, enseguida corras a casa, hablas a papá, le pides mi mano.

PEPE.—Y tu padre me rompe la cabeza.

LUISA.—Y entonces empezaré a creer que te gusto esa barbaridad que dices... Son disparates ¿verdad? Como que no tienen más fundamento, que tus ponderaciones... «Me gustas una barbaridad». «Te quiero una barbaridad». Pues hijo, para creer en las barbaridades, no basta decir las, hay que hacerlas. Ya ves, vengo a pedirte una cosa muy sencilla, y me pondrás inconvenientes a pesar de esa barbaridad de cariño.

PEPE.—Según lo que me pidas. Puede que el cariño consista en no acceder a ello.

LUISA.—Esperas a Gonzalo, ¿verdad? y a otros amigos: a Luis Montalbán, a Enrique Santoja, a Bumbun,

ese vejete ridículo que es el que os desmoraliza.

PEPE.—¡Pobre Bumbun!

LUISA.—¡Sí, pobre!... A la institutriz de la de Arellano, le hizo creer que se casaba con ella... y tuvieron que despedirla... porque cuando se enteró de que Bumbun era casado, quería reclamar a la embajada inglesa.

PEPE.—Pero si esa institutriz pertenece a la zona internacional.

LUISA.—Sí, sí; ya sé... ¡Buenos sois todos! Por algo mamá no ha querido nunca institutriz en casa.

PEPE.—¿Para qué? Tus hermanas se educan en el extranjero... Pero ¿qué tiene que ver Bumbun con lo que aquí te trae?

LUISA.—El, nada, ni los demás tampoco; coro general y acompañamiento. Yo he venido... a saber... ya te lo dije.

PEPE.—¿A saber? ¿Qué?

LUISA.—Lo que todas las mujeres quisiéramos saber: lo que habláis los hombres de nosotras, cuando estáis vosotros solos... Yo voy a casarme con Gonzalo, dentro de pocos días. ¿Y qué sé yo de Gonzalo? Conozco al novio; del hombre que será el marido no sé nada.

PEPE.—¿Y te propones?

LUISA.—Conocerle.

PEPE.—¿Cómo? Escuchando aquí escondida nuestra conversación de esta tarde. ¿Y si hablamos de cosas diferentes?

LUISA.—Es que tú procurarás que se hable de mujeres, que se hable de mí. No será tan difícil. En estos días debo ser un tema de actualidad.

PEPE.—¡Pobre Luisa! ¡Como todas las mujeres! Cuando pretendéis ser más avisadas, sois más inocentes. Buscas una verdad. ¡La verdad! Tú crees que has de hallarla aquí. Tú crees que los hombres somos sinceros entre nosotros... ¡Si acaso no lo es uno consigo mismo...! Acaso oyeras aquí a Gonzalo burlarse de tu cariño, dárse las de escéptico, decir que se casa contigo por conveniencia o por comodidad, o por cinismo, o que está



- 1.—Soldados haciendo *lunch* entre ruinas
 2.—Daños hechos por una bomba arrojada por un zeppelin en un pueblo de Flandes
 3.—Piezas de artillería belgas en sus últimos reductos de Flandes

dispuesto a engañarte y que no le importaría si tú le engañaras, y tú creerías que eso era la verdad.

LUISA.—Si dijera eso...

PEPE.—Pues bien pudiera decirlo; acaso lo haya dicho.

LUISA.—¡Pepe!

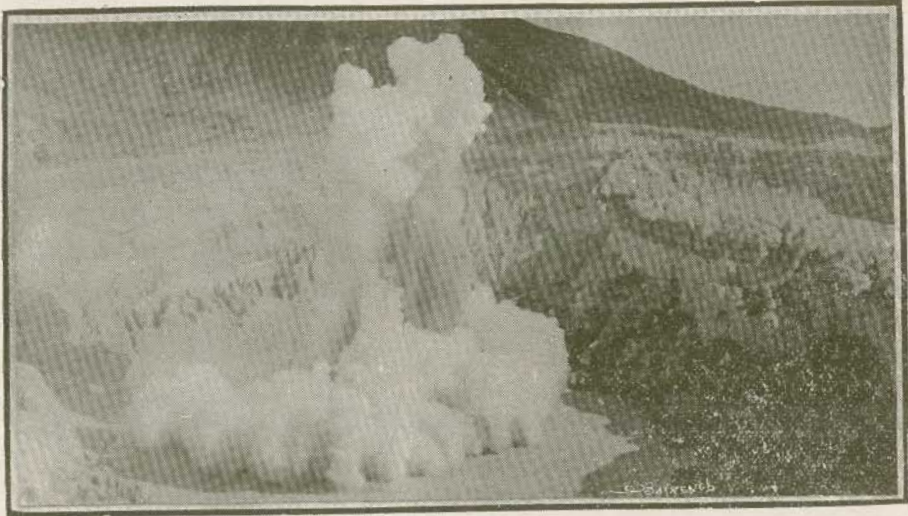
PEPE.—Todos decimos cosas como esas, y nos burlamos de los sentimientos más nobles, del patriotismo, de la familia, del amor. Y el que nos oiga y nos juzgue de ligero, pensará que somos unos malvados. No, no lo somos; somos cobardes, sencillamente. Y es que la hipocresía del mal, más frecuente tal vez que la hipocresía del bien, no se ha estudiado lo bastante; y es que, claro, como consiste en alardear de todo lo malo, no parece hipocresía. Y no obstante, yo estoy seguro de que son más los buenos sentimientos que se ocultan, más las buenas

acciones que dejan de realizarse por esta hipocresía del mal, que los sentimientos perversos y las malas acciones que se ocultan o dejan de ejecutarse por los otros hipócritas, los de la virtud. Si el malo parece tan malo, es porque los malos, claro está, son malos, y los buenos procuran parecer malos, y los buenos que no parecen malos parecen tontos.

LUISA.—Y en resumidas cuentas, ¡todo es malo!

PEPE.—Son malas las apariencias... pero aunque dicen que de apariencias se vive, no es cierto. En las horas serias y graves de nuestra vida, resplandece la verdad sobre todas nuestras mentiras, y entonces es inútil que el mal quiera aparecer bien, ni el bien mal. Yo he llorado muchas noches por cosas de que me había reído todo el día... Pero nadie me vió llorar, y

ULTIMAS ERUPCIONES DEL POÁS



Una erupción del Poás



Otro aspecto de la erupción



Daños hechos en Yarmount por un aeroplano alemán

muchos me habían visto reír. La verdad, ¿dónde estaba?

LUISA.—Tú lo has dicho antes: en la cobardía; en esa cobardía de lo bueno, que es...

PEPE.—Sí, eso, una cobardía; no rectifico, una cobardía casi siempre, pero alguna vez acaso sea pudor... Nadie, por seguro que esté de su belleza física, se desnuda ante el primero que llega. ¿No es verdad?

LUISA.—¡Qué disparate!

PEPE.—Los más atrevidos, y las más atrevidas, sois en este caso las mujeres, y en reuniones de sociedad ofrecéis todo lo más algunas muestras—que yo no llamaría sin valor—de vuestra hermosa física. Pero... la completa, la total desnudez.

LUISA.—¡Pero qué cosas dices!

PEPE.—Pues la belleza moral tiene también su pudor; las almas delicadas no se desnudan así como así, ante el primero que llega.

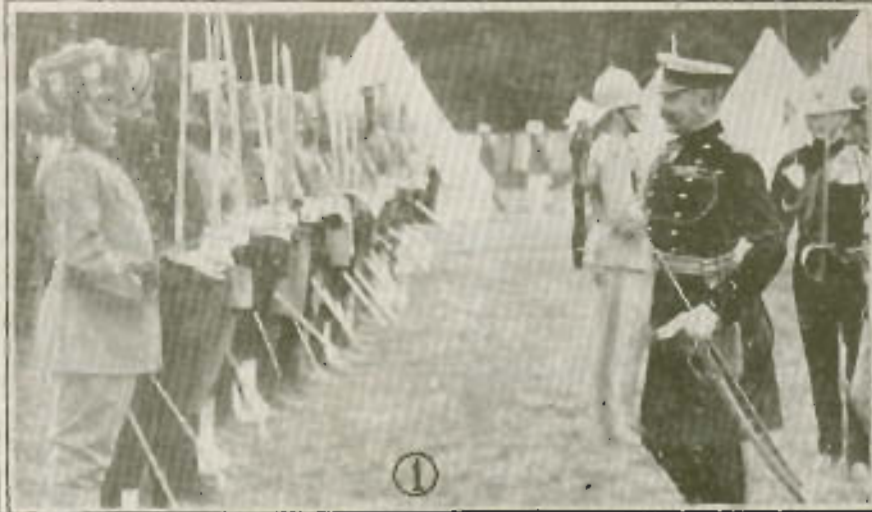
LUISA.—Bien está. Pero una cosa es desnudarse y otra taparse tanto que parezca que tenemos que ocultar alguna imperfección.

PEPE.—Es que la verdadera bondad es alegre y bromea; se viste de máscara y parece locura. La falsa bondad es la que suele vestirse de señora y suele andar muy grave y triste... Descollía siempre de esos sujetos austeros, de mano en pecho, que en cualquier ocasión y por el motivo más insignificante alardean de su virtud o de su honor: de su honorabilidad, como dicen ahora, para que el vocablo sea más largo y tape más, como ropa de cola. ¿Pero dónde he leído yo que nadie puede saber de lo que es capaz en la vida, si no ha sido rey absoluto unas horas y no ha pasado hambre unos días?

LUISA.—Según eso, no es posible saber la verdad de nada ni de nadie...

PEPE.—¿La verdad? Si quieres sa-

LOS HORRORES DE LA GUERRA



1. Lord Kitchener, Ministro de la Guerra de la Gran Bretaña, revistando las tropas indias que marcharon momentáneamente a reforzar las fuerzas de los aliados.—2. Un vigia francés protegido de una coraza de acero para de sus correrías en que no respetan vidas ni horas, cerca de Arras.—3. Soldados alemanes después de un volviendo a ocupar una villa que había sido tomada por los alemanes en los alrededores de Verdun.

berla del que será tu marido, pregunta a unos y a otros: cada uno te dirá su verdad, y todas serán mentiras. Sería curioso leer unas cuantas biografías de uno mismo, escritas por diferentes personas: por nuestros amigos, por nuestros acreedores, por nuestros criados; parecerían mil biografías de otras tantas personas, y si uno mismo quisiera escribirla, tampoco sería la verdadera, porque siendo todos como somos, todos nos figuramos que somos de otra manera.

LUISA.—Entonces, la verdad.

PEPE.—La verdad de nuestra vida está en el corazón de los que nos quieren: los que nos quieren en todas las horas de nuestra vida, en los que alguna vez, de tanto querernos, hasta pueden creer y puede parecernos que nos odian, que ni el cariño, cuando es verdadero, puede ser el mismo todos los días, ni en todas las horas de nuestra vida, porque es... como la vida misma: y a su paso va con nosotros por los buenos y los malos caminos, en las horas tristes y las horas alegres, y no porque seamos de ésta o de la otra manera, sino de cualquier manera que seamos. Es uno de tantas maneras, tan bueno y tan malo, tan débil y tan fuerte, tan heroico y tan cobarde... unas veces injusto hasta la crueldad, otras compasivo hasta la injusticia. Unas veces tan altos, que podemos creernos sobre todos los cariños y sobre todas las admiraciones; tan bajos otras, que de todo perdón y de toda misericordia necesitamos. Por todo esto, cuando vienes a buscar aquí la verdad, ¿sabes lo que yo creo?: que no es que dudas de Gonzalo; es que dudas de tí... Si temes que él no sea como tú le quieres, es porque tú no le quieres sea como sea. Ha sonado el timbre... Serán mis amigos... También él... Estás a tiempo... ¿Quieres esconderte? ¿Prefieres salir sin que te vean? ¿Quieres oírles? ¿Prefieres oír a tu corazón?

LUISA.—No, no quiero saber nada, ni oír nada. ¿Puedo salir sin que me vean?

PEPE.—Sí, ven conmigo, pasaremos por la puerta de la sala.

ESCENA IV

Los mismos.—CRIADO

CRIADO.—Los amigos del señorito. Les he dicho que esperen en el billar.

PEPE.—No; que pasen aquí. (A Luisa). ¿Dudas? Estás a tiempo.

LUISA.—No. ¿Hago mal?

PEPE.—Haces bien.

TELÓN

LA MUJER Y LA GUERRA

La prensa francesa ha rendido un homenaje de admiración y de gratitud a una heroína de singulares méritos, cuya figura se ha destacado en el curso de esta guerra con poderoso relieve.

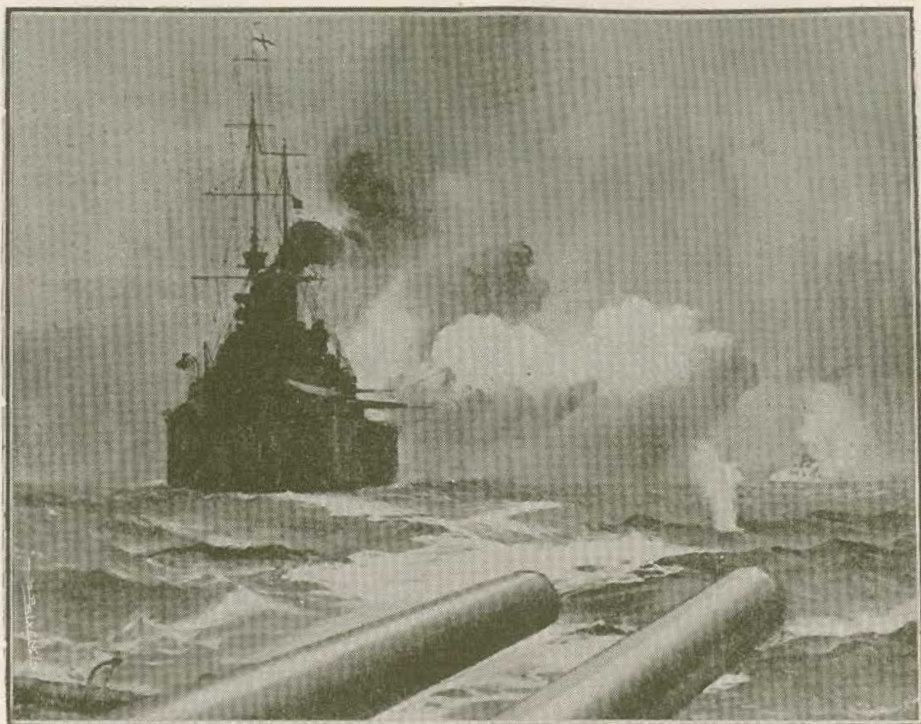
No se trata de una heroína a la antigua usanza, de las que combatían con las armas en las manos sobre los campos de batalla, como Juana de Arco, ni de las que alentaban con su presencia sobre las murallas de una ciudad asediada el espíritu de las tropas, como nuestra Agustina de Aragón.

El papel de estas nuevas heroínas es más silencioso, pero no menos admirable.

La figura sobresaliente ahora entre otras muchas, ha sido la de Lady Rodney.

Ella ha abandonado las comodidades y el reposo de su residencia en Londres para organizar ambulancias y hospitales de heridos en Francia.

Y, ícosa singular! Esta aristocrática dama inglesa, como si quisiera de un modo más patente significar su abnegación y su inmenso sentimiento de piedad, ha sabido desprenderse de todo egoísmo y de todo *parti pris* patriótico, y en vez de organizar un servicio de enfermeras y una serie de hospitales, por ella costeados, para cuidar de los heridos ingleses, sus compatriotas, lo ha hecho con generoso altruismo para



El crucero inglés «Lion» echando a pique de una anfanada al barco almirante de la escuadra alemana en el Mar del Norte

los soldados franceses, aun cuando éstos ya venían recibiendo el auxilio de sus paisanas que, en la ocupación presente, no obstante la fama de frívolas, han demostrado una valía espiritual extraordinaria.

Lady Rodney, atravesando el Canal de la Mancha y dejando atrás sus riquezas y algo de más apego, sus cariños, llegó un día, hace tres meses, a Saint-Malo en unión de otras compañeras. Y consiguió que el antiguo *chateaufort* de la duquesa Ana de Bretaña, desde hace tiempo convertido en cuartel, se les cediera para establecer un hospital de heridos que ellas habían de cuidar. Ninguna de ellas pertenecía a la Cruz Roja. Eran simples particulares que querían cumplir deberes humanitarios.

Allí, ya organizados los servicios, quedó monsieur Cox. Lady Rodney siguió su viaje, y poco después, con igual fortuna, fundaba un establecimiento idéntico en Cheburgo.

¿No es esto una novedad en las más ilustres damas inglesas.

¿Quién no recuerda la historia de la prodigiosa Florence Nightingale? Todavía está presente en la memoria aquella manifestación de duelo de Londres entero, mejor dicha de toda Inglaterra, cuando la mujer insigne muriera hace unos cuatro años. No debieron ser más solemnes las exequias de un Nelson o de un Wellington.

Reveláronse sus talentos y sus virtudes singulares con ocasión de la guerra de Crimea. En ella adquirió el

gran renombre que la conservará la posteridad reconocida.

Fué por entonces cuando William Howard Rusell, enviado especial del *Times* contó en el periódico los horrores de los hospitales de Scutari, lleno de los heridos sobre los campos de batalla de Alma y de Inkermann. Muchos de ellos (eran tantos en numero, ingleses, turcos, franceses e italianos) no habían encontrado sitio y tenían que ir a descansar, y con más frecuencia a morir bajo las arcadas de las plazas o en medio de la calle.

Una suciedad repugnante lo invadía todo y amenazaba hacer mayores víctimas la pestilencia de los cadáveres largo tiempo insepultos.

Intrépida, arrebatada por un alto espíritu de sacrificio, Florence Nightingale le pidió que se la llevase en calidad de enfermera con algunas otras compañeras por ella elegidas al remoto Scutari.

De muchacha, como respondiendo a una ineludible vocación que más tarde sería el timbre de gloria de su vida, había practicado en los hospitales de Londres, de Dublin y de Edimburgo, pasando luego a perfeccionarse a la Kaiserwerthl cercade Dusseldorf, en patria de Heine en Alemania.

En Scutari, desde su llegada, se operó como un milagro en los hospitales con gran entereza de ánimo, sacrificando el sueño, no ahorrando la fatiga a sus pobres nervios rendidos a las emociones y el trabajo, supo realizar maravillas de organización, de limpieza y hasta de consuelos espirituales. Los agonizantes llegaron a suplicarle que les diera las manos a besar para morir santificados.

Tanta fué su abnegación como su celo, que ella misma se contagió del cólera en las ambulancias de Balaclava.

Ya su renombre llenaba toda Inglaterra y por ella sentía el pueblo británico, en todas las clases sociales, una admiración sin límites. Prueba de ellos es que cuando se inició una suscripción popular para hacerle un regalo—suscripción que alcanzó más de millón

y medio de francos—en la que tomaron parte, figurando en las listas desde el más encopetado aristócrata de Mayfair hasta el último mendigo Whitechapel; ansiosos todos de testimoniar gratitud a la que llamara *the lady with a lamp* (la dama con una antorcha) el gran poeta Longfellow.

Al enterarse, ella suplicó en los siguientes términos:

Terribles inundaciones acababan de devastar Francia y muchas gentes se encuentran sin hogar ¡Que la caridad inglesa vaya en socorro de tantos infortunios!

Y en esa misma actitud de desprendimiento se manifestó más tarde cuando la ciudad de Londres le concedió el título de *free sister*, a otra sola mujer concedido.

Entonces, al ofrecérsele en nombre de la City un cofrecillo de oro macizo, pidió que se lo cambiasen por una cajita de roble, añadiendo:

«El oro será más útil para aliviar algunas miserias».

Con un ejemplo como el de Florence Nightingale, bien puede parecer natural que ahora se de el caso de Lady Rodney.

A ella puede aplicarse la inscripción que en broche hizo grabar para la otra Reina Victoria de Inglaterra: ¡Bienaventurados los misericordiosos!

Angel Guerra

LA MODA FEMENINA

Estamos en un momento en que no podemos precisar nada, ni hacer afirmaciones ningunas con respecto al porvenir ni aún a la actualidad de la Moda.

Todos los propósitos, los mejores deseos de adelantar noticias o de tener a las lectoras al corriente de la tendencia más señalada, de la orientación escogida, como norma o manifestación del mejor gusto en el vestido, son inútiles. Yo he agotado mis relaciones, he puesto en juego cuantos recursos



1. Una casa destrozada por una bomba en Yarmouth.—2. Una bomba arrojada por un zeppelin y que no explotó, encontrada cerca de Yarmouth.—3. El rey Nicolás de Montenegro fumando un cigarrillo mientras recibe noticias de la guerra.—4. Ruinas de la calle principal de Peryse.

me ha sugerido mi imaginación inquieta, he recorrido en vano a mis mejores amigas de París y Londres, sin lograr un resultado práctico.

Para mí, como para todas nosotras, la dificultad es el mejor incentivo del deseo. ¡Excuso decir a ustedes las contrariedades, los disgustos y los trastornos nerviosos que me habrán producido las noticias adversas, la imposibilidad de lograr mi perseguido empeño!

No teniendo más remedio que rendirme y conformarme con lo que mandan las circunstancias, he optado por lo mismo que una simpatíqüísima señorita que conocí años atrás en Montecarlo, y a quien la marcha implaca-

ble del tiempo iba colocando en un puesto de preeminencia entre las forzadas al celibato perpetuo. Convencida la pobre de su triste destino, decía muy donosamente:

— He hecho cuanto nos es permitido a las mujeres por la conquista del marido. He sido espléndida en mis *toilettes*, he viajado sin tregua. Playas, casinos, balnearios, hoteles, estaciones de invierno, temporadas de primavera, todos los sitios donde la Moda ha llevado la tiranía mansa e ineludible de su frivolidad, me han encontrado de avanzada. Desengañada de todo, comprendiendo que las flores de mi ilusión iban marchitándose, sin que el pícaro candidato a esposo pareciera



LA EXPLOTACION DE LOS NIÑOS

1. Niños conduciendo un piano de manubrio para postular por las calles de París.—
2. Una niña de pocos años cumpliendo encargos con un hermanito en brazos.—
3. Niños menores de 10 años conduciendo un carro por las calles de París.—4. Una mujer tocando el organillo con uno de sus hijos en brazos mientras los otros dos bailan para obtener limosnas.—5. Un niño cargado con un saco de carbón de enorme peso para sus escasas fuerzas.—6. Niña dependiente de una tienda haciendo reparto de mercancías a domicilio.

recurrí... ¡a San Antonio! ¡Y eche usted en velas, novenas y sermones! ¡Como si no! Ya estoy convencida de que es inútil y he resuelto esperar a que venga si le parece y si no... ¡que sea lo que Dios quiera!

Y suspiraba hondamente y volvía los ojos al cielo con beatitud.

Lo mismo exclamo yo, con respecto a la Moda, nada más, afortunadamente:

La verdad de lo que ocurra no se puede decir, y yo no he de engañaros. Prefiero que nuestras comunicaciones sean más tardías o que nuestras charlas se concreten a la referencia de *anécdotas de salón*, amablemente irónicas o deliciosamente sugestionadoras.

Otra cosa, creedme, que es, una verdadera temeridad.

La característica de la Moda en el momento actual es de un amplio eclecticismo. Las últimas se barajan al arbitrio de cada cual, y lo único que pudiera señalarse como innovación, es, la proyectada, ya hace tiempo, en las faldas, para quitarles la estrechez que siguen defendiendo. ¡Nada más! Y la novedad de esto es tan relativa, cuanto que, yo misma tuve el gusto de anunciársela hace ya tiempo.

A pesar de todo se llevará mucho tiempo todavía la falda estrecha. Por virtud de la desorganización presente, toda la que se encuentre favorecida con esta clase de vestido seguirá usándolo... Y a mí, si he de seros franca, me parece que hará muy bien.

Roxana



TERRIBLE CATASTROFE EN ITALIA

1. Casas destruidas por el terremoto.—2. Entre las ruinas de Avezzano.—3. Tiendas en las que se refugiaron un puñado de los sobrevivientes de Avezzano.—4. El histórico castillo de Orsini destruido.—5. Buscando sobrevivientes en Cappella.

GUATEMALA MONUMENTAL



Monumento a José Batres Montúfar, escritor y poeta guatemalteco

* * * ARTES, CIENCIAS Y LETRAS * * *

PASIONARIA

Por la ventana, abierta a la noche, entró una ráfaga de aire.

Temblaron, estremecidas, las llamas de los cirios. Hubo sombras inquietas en las paredes. Luego, las llamas tornaron a su quietud, elevándose rectas e inmóviles. Las sombras volvieron también a su anterior aspecto de quimera: gigantes en reposo, perfiles de brujas, monstruos de una fauna de pesadilla, manos enormes fijando un ademán rapaz.

Oíanse chasquidos como besos de bocas desdentadas, y las gotas de cera caían sobre el zinc de las arandelas, produciendo un ruido sordo.

En el suelo, dentro del ataúd, estaba el cadáver: un jayán con las manos rugosas y de uñas roídas a los lados de los muslos. De entre la capucha surgía el rostro plebeyo; grosero de labios, de nariz que debió de ser rojiza, y cruzada la mejilla izquierda por una cicatriz. Sobre el vientre descansaban unas tijeras abiertas.

En los rincones, fuera del rectángulo luminoso, estaban acurrucadas las mujeres, encogidas las piernas, los codos sobre las rodillas y el rostro descansando en las manos.

Eran las vecinas, las parientes del muerto, que, entre oración y oración, murmuraban de Carmen, la viuda...

II

Carmen se encerró en su cuarto y fué a sentarse junto a la ventana. Le faltaba el valor de mentir tristeza y amargura cuando su alma sentía una amplia alegría de libertad y de gratitud...

Sobre el cielo azul subían esbeltas las dos torres de la catedral. Flotaban en la noche aromas de naranjo florido... No muy lejos, se oían rechinar las piedras de la playa al ceder bajo

el retroceso de las olas, claras y tranquilas...

La viuda, sintiendo en sus entrañas rebullir la carne de su carne, el hijo que engendró el *Negro*, evocó toda su vida de tormento y de angustia y no pudo menos de sonreír al tiempo futuro, con una sonrisa que debía ocultar ante el mundo, ante aquel puñado de mujeres que rezaban acurrucadas junto al cadáver.

Ella era hija de pescadores, y, cuando nació, ya la posición de sus padres empezaba a ser holgada, gracias a la avara sordidez con que vivieron siempre, Carmen no necesitó trabajar; pudo ir a la escuela, aprender cosas que sus padres no supieron nunca, enmudeciéndoles de asombro al hablarles del mar, a ellos, que tanto creían conocerlo...

Los años fueron haciendo de Carmen una moza garrida y morena, que bien pronto se vió cercada y asediada de pretendientes. No fueron los menos artesanos de la ciudad, e incluso algún ingeniero de los de las minas próximas al puerto; pero los viejos rechazaban a los primeros, procuraban defender a Carmen de las asechanzas malsanas del segundo. Ellos querían para la muchacha un pescador, uno de los suyos, de la gente del mar, sencilla y de pasiones rudas, no como la gente de dentro, incapaz de ponerse frente a frente de las olas y de encontrarse la muerte buscando la vida más allá de los horizontes.

Carmen, lejos de oponerse a los propósitos paternos, los secundó sin esfuerzo. Sangre de pescadores corría por sus venas, y no podía sentir odio contra el mar, tan benigno con los suyos como enemigo y cruel para con los ajenos.

Entre sus pretendientes eligió al *Negro*, un mocetón vigoroso que en otro tiempo rodó por todas las tabernas del puerto, pero curado radicalmente del vicio por el amor a Carmen.

En poco tiempo abandonó las jergas, dejó de frecuentar tabernas y no volvió a brillar su faca en los garitos.

Robusto e infatigable como era, bien pronto volvieron a solicitarle los patronos, y no hubo salida de lanchas en que no figurase él de los primeros.

Y cuando comprendió que nadie dudaba de su conversión, habló a los padres de Carmen: «Eya lo había ven-sío; por lo sojo se letró, y lo cambió, pero der tó, er mardesío corasó y la sentraña».

Los viejos asintieron, siempre que Carmen estuviera conforme. Y como ella sí lo estaba, orgullosa de haber conquistado al mozo más jaque de Andalucía, no tardó en celebrarse la boda, rumbosa y alegre, bajo el claro sol, rostro al Mediterráneo azul, padre de leyendas.

El viejo les compró una barca y entregó además algunos miles de reales como dote de la chica, en una amplia confianza del porvenir.

Però en cuanto el *Negro* se vió dueño de Carmen y del dinero, volvió a la antigua vida con la valía de los largos meses de fingimiento, con un furor insaciable e impulsivo de desquitarse.

Se agotaron los miles de reales, se vendió la barca nueva, y hubieron los viejos de soltar más dinero para que el *Negro* no cometiese mayores crímenes con su hija.

Fueron inútiles los ruegos, los consejos, las súplicas, para que Carmen abandonara al *Negro*. Ella tenía la altivez de su equivocación; y ya que su sino fué entregar la juventud y la fortuna a aquel hombre, desafiaria al destino, sin doblar la cabeza, de pupilas moras y cabellos negros, siempre desrizados por el viento, amigo de las gaviotas y las velas latinas.

Murieron los padres, y la herencia siguió los mismos tortuosos y resbaladizos caminos que la dote, y entonces empeoró la vida de Carmen. Vinieron las agrias disputas, los golpes, los insultos, las infames proposiciones, que ella rechazaba enérgicamente, a riesgo de encolerizar el ebrio furor de su marido.

¿Cómo había de llorar, de fingir dolor, ahora que el *Negro* enmudeció para siempre?

A gloria le sonaron las campanas cuando en la paz serena y cálida de la tarde doblaron. Insultos le parecían los lamentos de las viejas agrupadas en torno al cadáver.

Así, ante la ventana abierta, frente a la inmensidad azul, oyendo la monotonía del mar, que llevaba a las tierras lejanas y presentidas, confió en el bien, en la fortuna, en la felicidad, en todo cuanto no había conocido y que tal vez conociera la nueva vida, pronto a surgir de su cuerpo, libre para siempre de los golpes y de las vergüenzas...

III

La voz de Luis, «el de los caireles», volvió a sonar en el súbito silencio de la zambra:

Aunque la mare yora
y con na encuentra consuelo,
e la probe muy dichosa,
porque el hijo etá ener sielo.

Sobre el último verso de la copla se lanzaron el rasgueo de la guitarra, los «oles» y el repiqueteo de las castañuelas...

Del grupo de mozos y mozas se destacó una pareja. Las criadas dejaron de pasar las bandejas de pestiños y bollos de aceite; cesaron las rondas del vino rubio, y todos atendieron a los bailarines.

—¡Ahí lo pienesito de peonza, mi niña!

—¡Dale tú, chiquilla, que pierde el tren!

—¡A ver lo sojo, mosita, que hoy quieo soñá en la Vilgen!

Azuzados, enardecidos por los piropos, los bailarines enloquecían en el bravo ritmo español de la danza. Ella, grácil y morena, se retorció con impensados y repentinos culebros de todo el cuerpo, como si un viento huracán agitase el jardín de su mantón ceñido. El la perseguía gallardo, en alto los brazos, sonriendo, con los

dientes desnudos y los labios muy rojos...

De pronto quedaron inmóviles, como desmayada ella en el brazo izquierdo de él, que con la mano derecha sostenía, en actitud de ponérselo, el sombrero ancho.

Sonó una salva de aplausos. Volvieron a circular las bandejas de pestiños y el trasegar de vinos y licores y las charlas animadas y pícaras.

Los padrinos eran rumbosos, y sonrefan en el sitio de preferencia ante el esplendor y ruidosa alegría de la fiesta.

—A ve, Angustia, eze pájaro que te quíe salí de la garganta.

—¡Sí, sí! ¡Que cante Angustia!

Cantó entonces una mujer otra copla hermana de la de Luis «el de los caireles», copla de alegría y de envidia a la madre feliz.

¡Feliz! Y cuando había un súbito silencio, se oía en la habitación continua sollozar a la madre. Pero en seguida lo apagaba el regocijo del velorio, y volvían a danzar otras parejas, y sonaban las castañuelas, y corría el vino.

IV

Carmen, caída sobre el ataúd blanco, cubierto de flores, sollozaba sordamente, con largos y profundos suspiros que la estremecían el cuerpo.

Ante el hijo muerto, la madre reconstruía el dolor reciente. Primero, la aparición de su tío llevándosela a Menijar, el pueblecillo costero, cercano a Villamar, al día siguiente del entierro del *Negro*. El nacimiento del hijo deforme y raquítico, que vivió un año a fuerza de cuidados y desvelos, y que se le quedó muerto en los brazos meciéndole suavemente...

El ruido de una disputa en la sala donde se celebraba el velorio la levantó.

—¡Juanico!

Fué un grito ronco, imperioso, que enmudeció súbitamente a los que se divertían. Escucharon, creyendo haber oído mal. Pero no: la voz ronca de Carmen volvió a repetir:

—¡Juanico! ¡Ven!

Acudió el padrino, y la madre se dejó caer en sus brazos sollozando:

—¡Eza gentuaya!... ¡Eza gentuaya!...

—Sí, mujé... Ya se van... ¿No lo oye? Son la dose y van a despertá la gente... por la calle.

Se marchaban. Salían en tropel, cantando, riendo. Lo de menos era que el chico subiese al cielo. Lo importante era que habían tenido una noche de fiesta, de vino y de cantares.

Carmen seguía llorando en brazos de Juan.

—¡Mujé! —decía el padrino, — no hay que ponense asina. Hay que tené en cuenta la consesiones, la costumbre del mundo.

Carmen se limpió rabiosamente las lágrimas, como si se las arrancara.

—¿Er mundo? Er mundo no tiene arma ni corasón. Ya ve: cuando yo estaba alegre porque s'abía muerto aquer malasangre, ello yoraban...; y cuando estoy triste, mu triste, imaresita mía der má!, ello se divierten y cantan coplas. ¡Mardito sea er mundo, Juanico de mi arma!...

José Francés

Ha sido necesario encontrar la ley para refrenar la audacia de los hombres malos, a fin de que los que quieren vivir bien estén seguros; máxime porque no hay animal más malvado que el hombre sin ley.—SANOVAROLA.

* * *

La buena mujer no alcanza la buena fama solamente con ser buena, sino con parecerlo, que mucho más dañan a las honras de las mujeres las desenvolturas y libertades públicas que las maldades secretas.

La mujer ha de ser como el armiño, dejándose antes prender que enlodarse.

Hase de usar con la honesta mujer al estilo que con las reliquias: adorarlas y no tocarlas.—CERVANTES.

EL PRIMER SERMON

Cuentan como hecho verídico que un orador sagrado de muchas campanillas quiso una vez comenzar su sermón con las palabras siguientes: «¡Al ronco son de la trompeta del Angel...!»

Y aseguran que se le trabó la lengua y dijo, primero, al ron con son; luego, al son con ron; después, y ya como loco, al con ron son..., y vaya, que tuvo que dejar el púlpito, en medio del asombro de los feligreses.

El recuerdo de este hecho, que bien puede ser verídico, pero que a mí me huele a chascarrillo de rebotica, me ha sugerido la idea de contar a los lectores el famoso debut oratorio de un cura amigo mío, mas bueno que el mismísimo pan, pero una chispita flaco de memoria.

Antonio Romero, o el padre Romerón, como le llamábamos desde que vistió por primera vez los hábitos, era un mocetón corpulento, de fuerzas hercúleas, muy dado a la gimnasia, con unas manazas que eran dos morteros y unos pies enormes, en uno de los cuales, en el derecho, por más señas, ostentaba un juanete que aquello era una especie de rompeolas: un juanete tan grande, que el día de San Juan le enviábamos tarjetas de felicitación todos los amigos, y él, lejos de enfadarse, las admitía como la cosa más natural del mundo.

Cantó misa Antonio Romero, más por sus virtudes que por su talento, y fué destinado en clase de coadjutor a un pueblecito de la provincia de Huelva.

Celebrábase anualmente en dicho pueblo el día de la Virgen del Rosario una magna función religiosa que patrocinaba el Ayuntamiento, y en la cual solía predicar de ordinario o el obispo de la diócesis o el orador más notable de la provincia.

Aquel año, bien fuera por la novedad, o porque el Ayuntamiento quisiera ahorrarse unas pesetas, acordó el cabildo invitar al padre Romerón

para que se encargase del panegírico de la Virgen.

Aceptó nuestro hombre la invitación, muy halagado en su amor propio; preparó su sermón sabe Dios cómo, y, aunque con cierto miedo, porque no había predicado nunca, aguardó impaciente el deseado momento de romper su primera lanza.

—Por Dios, Antoñito—le decía su madre—, ten mucho cuidado con las eses; acuérdate del padre Mora, que por dárseles de fino nos habló en un sermón del llanto traidor del *coscodrilo*.

—Descuide usted, madre; yo las eses las amarro muy bien. Lo que yo temo es que se me vaya el sermón.

—¡Quién piensa en eso! ¿Cómo lo vas a empezar, Antoñito? ¿Con algún latín?

—No, señora; eso está muy antiguo. Mis primeras palabras serán las de un poeta que dijo en Italia: «Esto, Flavio, ¡ay dolor! ¿Qué ves ahora, di? Pues campos de soledad y mustios collados.

—¡Ay, qué bonito!

El día de la función estaba la iglesia como un ascua. Oficiaba el señor obispo de pontifical; el Ayuntamiento, bajo mazas, ocupaba unos bancos en la nave central del templo, y hallábase éste completamente lleno de fieles.

Terminado el Evangelio, subió temblando a la cátedra sagrada el padre Romerón, y al asomarse al púlpito que estaba pegadito al presbiterio, y al observar que todas las miradas estaban fijas en él, sintió el frío de la muerte, y tuvo que asirse fuertemente a la barandilla para no caer redondo.

Cerró los ojos, secó el sudor que bañaba su frente, se santiguó como pudo, se reclinó sobre el púlpito y, después de paladear dos o tres veces, porque tenía la lengua convertida en una especie de estropajo, exclamó con voz temblorosa:

—¡Amados hermanos...! Esto...

Y se le fué el sermón. Pero que

se le fué en absoluto. Lo de Flavio (así decía él) no le venía a la memoria por ningún carril; ni lo de Flavio ni nada.

Se incorporó, lívido, descompuesto; volvió a secarse el sudor, se tiró del roquete, se recostó contra la pared del púlpito y, avanzando de nuevo hasta la barandilla, repitió angustiadísimo, con hipo de lloro:

—¡Esto...!

Comenzaron las mujeres á cuchichear y los hombres a sonreír; comprendió el padre Romerón el ridículo que estaba haciendo, y, replegándose, encogiéndose como un tigre, exclamó, dando un zarpazo sobre la barandilla del púlpito:

—¡Esto...! ¡Esto me lo salto yo lo mismo que na...!

Y de un salto se puso en mitad del presbiterio y... todavía está corriendo por la carretera.

Pedro Muñoz Seca

Poemita en prosa

AÑORANDO

Y en tanto que los fúlgeos arreboles del crepúsculo deshacían sus crenchas de oro por sobre el flanco del monte adormecido,—Andrés, el viejo Andrés de faz tostada por los soles del tiempo,—miraba, desde hacía ratos, no sé por qué raras vaguedades de la meditación profunda... el añoso tronco de una ceiba centenaria, que empezaba, con las primeras lluvias del invierno, a vestirse magníficamente de verdes brotes.

Lo miraba, sí, con cierto aire frío de íntima ternura, como si añorara algo ya muy remoto y amable... sin duda de los claros celajes de la mañana de su existencia. En verdad, el pobre Andrés, añoraba en un éxtasis de melancólica ternura, como lo suelen hacer esos viejos cansados del vivir monótono... que tienen un pomo de nieve en el corazón y rayos pálidos de luna por cabellos.

¡Pobre alma!... ¡Cómo gozaba en la muda contemplación de su pasado! Cuando mozo casó con una humilde pastorcilla de su aldea, que era todo un encanto de hermosura helénica, fresca y bella como esas florecillas de primavera que revientan espontáneas en las plácidas campiñas al temprano frío del invierno... y de ella, de esa su dulce pastorcita del *Diriá*¹, tan sólo le había quedado, como un brote fresco de su amor immaculado, una tierna gacelilla—todo un querube—que las hadas en cortejo se llevaron para siempre a su célica mansión, envuelta en pañales de luz inextinguible, al cumplir precisamente dos rosadas primaveras: Había muerto la pobre niña, como mueren ciertas rosas... al nacer... con una sonrisa imperceptible y cálida de maternal amor en sus labios impolutos.

*
* *

Y en tanto que la brisa perfumada de nardo y azahar retozaba, como chichuela enamorada de sus fuegos, en la espesura del bosque milenario, improvisando blancas églogas de amor,—Andrés, el pobre Andrés de faz tostada por los soles del tiempo,—seguía, en éxtasis profundo, contemplando aquel añoso tronco vestigio de pasadas corpulencias que con esplendor reinaron en el bosque, y en donde las avecillas, al caer la tarde envuelta en flotantes cortinajes grises... llegaban con fervor a tejer religiosas sus rosarios de antifonas sagradas...

Sí, contemplaba en sutiles vaguedades aquel pobre tronco de ceiba centenaria, vestida de renuevos glaucos, como si leyera en él algo, algo muy amable de sus días de rosada juventud.

En verdad, para el pobre Andrés aquello era una sublime al tanto que sagrada evocación de su pasado amable.

¹ Nombre de un pequeño río que corre mansamente, por sobre una alfombra de verdura matizada de frescas florecillas, bordeando las afueras de la encantadora villa de Santa Cruz, Guanacaste.

¡Cómo no recordarlo, si todo él estaba preñado de profundas pesadumbres! pesadumbres que aunque cargadas de dolor... son siempre dulces, son siempre bellas, verdaderamente bellas para el alma que con placidez añora... en un mayo de seductoras esperanzas.

¡Pobre alma!... él era un tanto feliz en la fúlgida constelación de sus recuerdos vividos: del yermo de su faz sagrada felices y sencillas florecían las sonrisas... en un abril de dichas; pero sonrisas son de ancianidad, muy distintas en verdad de las otras que a diario florecen en la vida.

El canto de un ruiseñor hizo estremecerse el paisaje taciturno y despertar de su blanca ensoñación aquella alma que navegaba, con venticillos de ilusión, por sobre las anchurosas playas del recuerdo en la barquichuela tenue de la meditación profunda.

También su pobre corazón entraba en una rosada primavera, porque empezaba a rejuvenecerse... porque empezaba a vestirse de renuevos luminosos

¡Oh! lector amable! ¿No es muy cierto que el anciano tiene también en los días primaverales flores fragantes y lozanas en ese añoso tronco, — vestigio sin duda de pasadas corpulencias que con esplendor reinaron en el bosque de la vida... y en donde todo un enjambre de canoras avejillas llegaban contentas y sonrientes a pulsar sus arpas de cristal para componer un canto de vida y esperanza... como así los tiene, cuando llega esa enamorada sublime con su magnificencia de pompas, el añoso tronco del bosque milenario?...

* * *

Y en tanto que el pobre Andrés cabalgaba en el pegaso de su recuerdo en una llanura florecida, contemplando aquel emblema palpitante de vida... la noche había cerrado y la luna, triste y silenciosa, volaba, en vuelo presuroso, por sobre el lienzo ennegrecido del cielo, coloreando de plata la dulce soledad del bosque adormecido,

y dejando, como olvidados, un haz de resplandores tenues en la agostada cabeza del anciano.

R. Briceño Alvarez

En San José, en julio de 1914.

Miscelánea de curiosidades

Los caballos, cuando buscan su comida en el campo, lo hacen guiados solamente por el olfato. Prueba de esto es que los caballos ciegos nunca se equivocan en la elección de hierba.

* * *

Los leones y los tigres corren más que un hombre y tanto como el caballo más veloz durante una distancia corta; pero pierden el aliento al cabo de una carrera de un kilómetro. Ambas fieras tienen los pulmones muy poco resistentes, y sólo pueden ejercer su terrible esfuerzo durante muy poco tiempo.

* * *

La moda de los perritos pequeños como artículo de lujo es antiquísima. Las mujeres griegas y romanas ya tenían sus pequeños favoritos de raza canina, y en Roma, hasta los hombres tenían a gala el ir por la calle con un perrito debajo del brazo.

* * *

En los años que lleva establecida la institución de Londres para asistir a los gatos perdidos y enfermos, ha prestado servicio a 56,973 de estos animalitos enfermos y sin dueño.

* * *

Para aislar a los convalecientes de enfermedades contagiosas, un hospital de Chicago ha construido unos cuartos de cristal con teléfono. Los amigos y familia del paciente podrían visitarlo sin peligro de infección y hablarle por el teléfono. Este es un gran adelanto sobre el sistema actual, que impide no sólo ver a los enfermos, sino hasta recibir cartas suyas.

* * Curiosidades, Anécdotas, Chistes * *

Las pinturas murales y los microbios

Aunque está probado que las paredes pintadas son más higiénicas que las empapeladas, como es interesante para los obreros que deben permanecer en un local durante varias horas del día, anotamos las experiencias hechas en Alemania y Francia sobre este punto.

Pintadas las superficies de diversas tablas y de cristales con pinturas diversas, se pusieron a secar en un medio estéril, y después se sembraban dichas superficies con microbios conocidos, dejándoles expuestos a condiciones idénticas de humedad, temperatura y luz durante un espacio de tiempo variable, pasado el cual se limpiaron las superficies pintadas con muñequillas de algodón esterilizado para colocar éste en un caldo de cultivo y ver si los microbios estaban vivos.

Generalmente, los microbios habían muerto, en parte al menos, pues la mortalidad dependía de los colores empleados. Con ciertas pinturas es más grande que con otras; las lacas y las pinturas de esmalte son las más esterilizadoras.

Lo que no está bien determinado es si los microbios mueren por la acción química de las pinturas o por la de los rayos lumínicos o luminosos, o si es simplemente por la sequedad de la superficie.

El topo y el dolor de muelas

En muchas partes de Europa se conserva aún entre los campesinos la creencia supersticiosa en las virtudes del topo.

Consiste el medio, para curar con él el dolor de muelas, en coger un topo macho y hacerle una incisión en la piel. Después se introduce el índice entre cuero y carne, hasta que el animal muere. Una vez muerto el topo,

se coloca el dedo sobre el diente malo y el dolor desaparece.

En realidad, lo que se conseguía con este procedimiento, cuando se ponía en práctica, era sugestionar al paciente, que además de paciente era pacianzudo pues el topo tardaba en morir largas horas, tiempo suficiente a veces para que el mal cesara por sí solo.

Un procedimiento curativo se empleaba también para los niños, pero en otra forma; se cogía un topo y, vivo, se le cortaban las cuatro patas; colocábanse éstas sobre la cabeza de la criatura, y el dolor desaparecería... o no. La tradición decía que la virtud curativa se hallaba en una pata sola; pero como no determinaba cuál, era preciso cortar las cuatro.

Además, servía el topo para combatir las convulsiones de las niños. Se ataba el animal al cuello del niño enfermo; sin duda el terror que le inspiraba el bicho hacía que el muchacho se curase, cosa fácil en enfermedades nerviosas.

Miscelánea de curiosidades

La chimenea más alta está en Glasgow (Escocia). Mide 142 metros 20 centímetros.

* *

La agricultura es el arte que enseña al hombre la virtud y que sirve de base a la grandeza de las naciones.

* *

En las famosas bodegas del Ayuntamiento de Brewa hay una docena de cajas de vino añejo. Llevan guardadas dos siglos y medio; y teniendo en cuenta el coste del sostenimiento de la bodega y el interés compuesto del dinero empleado en el vino, cada botella vale dos millones de duros, y una copa, 272,380 duros. Una sola

gota no podría venderse, sin perder dinero, por menos de 250 duros.

* * *

El barco en servicio activo más viejo del mundo es el yate *Constance*, de Copenhague, y que acaba de comprarlo un pescador.

El *Constance* se construyó hace ciento noventa y tres años, y en su larga vida casi puede decirse que ha visitado todos los puertos del mundo. La madera del casco se conserva bien, y el nuevo dueño cree que aun navegará muchos años.

* * *

En China todavía existe un sistema muy antiguo de enviar las cartas particulares. En cada pueblo hay un encargado de Correos, y cuando se tiene que enviar alguna carta, el chino va a ver al cartero y ajusta con él la cantidad que ha de pagar por el transporte.

* * *

En 1908, el doctor Brwn, de Londres, envió una tarjeta postal a mster Cole, de Cardiff, y ha tardado quince años en llegar al destinatario.

Un plato apetitoso

Al acabar de comer en un *restaurant*, dice un parroquiano:

—El viernes pasado me sirvieron ustedes mucho mejor que hoy. Aquella merluza con guisantes estaba riquísima.

—¿Por qué no me lo ha dicho antes el señor? ¡Si nos queda todavía de la misma!

Flirteo

Un caballero hace la corte a una señora y la dice:

—¡Qué ojos tan grandes tiene usted! ¡Qué pies tan pequeños! ¡Qué pelo tan largo!

—Veo que no es usted un hombre enamorado.

—¿Pues qué soy para usted?

—Un medidor.

Entre bohemios

—¿Sabes que Mengano está enfermo? —decía un bohemio a otro a propósito de un tercero que, siendo tan pobre como ellos, se daba aires de acomodado y aun de ahito.

—¿De veras? ¿Que tiene?

—El dice que una gastritis.

—¡Vamos, ya! Quiere decir una indigestión de mondadientes.

Cariño puro

—¿Qué desgracia te afligiría más?

—Ya sabes lo que quiero a mi mujer...

—Sí.

—Pues mi pena mayor sería que se quedara viuda la pobrecita.

Problema resuelto

—He subido al tranvía y me he encontrado sin una moneda de diez céntimos.

—¿Y te has tenido que apear?

—No: he dado dos de cinco.

Declarando

En un tribunal:

El presidente.—Diga, testigo: ¿usted presenció la reyerta?

El testigo.—Sí, señor presidente.

El presidente.—¿Recuerda cuáles fueron las palabras que provocaron la agresión?

El testigo.—Es usted un imbécil, señor presidente.

La verdad

—Juan—dijo el lechero a su repartidor—, nunca te apartes de la verdad... Malo es engañar, pero mentir es mucho peor. ¿Ves lo que estoy haciendo ahora?

—Sí, señor, está usted echando agua en la leche.

—No, no es así. Fíjate bien: estoy echando leche en el agua... Por tanto, si alguien te pregunta si echo agua en al leche, siempre debes decir que no. ¡Nunca te apartes de la verdad, Juan!